

Pablo Iglesias y la Iglesia

(En el centenario del PSOE 1879-1979)

Por Víctor Manuel ARBELOA

Una triste infancia

Paulino de la Iglesia Posse (1850-1925) era hijo de un modesto empleado en el Ayuntamiento de El Ferrol, Pedro de la Iglesia Expósito, a quien el capellán de la inclusa de Orense le regaló el nombre y los dos apellidos (1). Muerto Pedro en 1859 Juana Posse cargó con sus hijos Paulino y Manuel y se fue a Madrid, en busca de un pariente bien situado y que podría ser el amparo de los niños Pero el tío, que servía en la casa del conde de Altamira, había muerto y la pobre mujer consiguió que los niños fueran recogidos en el hospicio de la capital. La separación de su madre le afectó tanto a Paulino, que se quedó «como atontado de puro triste». No comía casi, parecía un autómata: si había que barrer, barría, si «había que ir a misa, iba». «Así—nos cuenta él mismo—llegué a caer en una debilidad tan extrema, que varias veces en la iglesia del hospicio, entre el olor de la cera y el calor, me dieron unos mareos que me creí morir» (2). Su diversión favorita no era el juego, sino la lectura. Era un chico guapo, alto, de pelo rubio y ojos azules. Las monjas del hospicio lo eligieron para tomar parte en la fiesta del Niño Jesús el 1 de enero, entregándole después una peseta como premio. Dos años duró su estancia en el centro benéfico, uno en la escuela y otro en la imprenta. Los malos tratos del regente de ésta y el cariño hacia su madre le forzaron a escapar del hospicio. Luego empezaría su vida azarosa de imprenta en imprenta.

(1) Tomo los datos del libro de ENRIQUE GONZÁLEZ FÍOL, *Domadores de éxito; Confesiones de su vida y su muerte*; en el capítulo dedicado a Pablo Iglesias, recoge en parte su libro, *Pablo Iglesias: Al servicio del pueblo. Rasgos de su vida íntima contados por...*, Madrid, 1930, pp. 8-19 y otras. Hablando de la dura condición de la vida de su héroe escribe Meliá: «Como los cristianos afirman que Jesús nació en un establo para dar al mundo un ejemplo de humildad, los socialistas podemos decir que nadie mejor que Iglesias, hijo de inclusero, hospiciano, enfermo de hambre en su infancia, explotado y vejado en su juventud, perseguido y atropellado en su edad viril, pudo representar, simbolizar en su persona el dolor del proletariado actual (...)» pp. 7-8.

(2) *Domadores del éxito*, p. 213.

V. M. ARBELOA

El cese de sus prácticas religiosas

Por entonces no tenía Pablo Iglesias—como luego se llamó—ideas políticas de ninguna clase. Y religiosas, las que practicó «más por rutina que por fe hasta los dieciséis años». El mismo continúa contándonoslo:

«Me acuerdo que un día, después de confesar y comulgar en una iglesia de la cuesta de Santo Domingo, al llegar a casa, no sé por qué me reprendió mi madre, y yo me quedé pensando: 'Pues no veo la gracia que me haya dado (*sic*) la comunión'. Otras veces, en la cama, me ponía a rezar, y, rezando, pensaba: 'Bueno, estas oraciones, ¿cómo, por qué camino suben al cielo?' O, en días amargos, pensaba: 'Si Dios es tan bueno y lo puede todo, ¿por qué consiente tanta maldad?' Y así, poco a poco, me fui despreocupando de los problemas de tejas arriba. Es verdad que mi madre dejó de preocuparse antes que yo. Así, llegó, más tarde, una ocasión en que se puso gravemente enfermo un vecino y vinieron a rogarme que acompañara al Viático. Me negué en absoluto. 'En cambio—les dije—si hay que cuidar al enfermo, si hay que asistirle, velarle, cuanto pueda hacer por él, sí lo haré muy gustoso.' Y así lo hice» (3).

Una formación materialista mecanicista

Una concepción religiosa utilitaria, común por entonces, una falta de educación progresiva en la fe, el ejemplo de su madre y el durísimo encontronazo con el problema del mal frente al Dios natural y mágico, aparecen claramente en este breve relato como causas de la actitud negativa de Iglesias ante el «problema religioso» a la hora de sus primeras reflexiones de adolescente.

Después, apenas sabemos nada fuera de su biografía social y política. Algo pueden explicarnos sobre su posición futura ante la Iglesia y la religión en general el catálogo de sus libros de lectura, a que se entregó con pasión de los veinte a los treinta y cinco años (4). Sus autores son muchos

(3) *Ibidem*, p. 220.

(4) Sobre las lecturas de Iglesias nos habla Meliá en su libro, pp. 105-119. Además de las muchas lecturas recreativas de su juventud, entre cuyos autores preferidos destaca Julie Verne, Meliá alude a los numerosos folletos doctrinales y de propaganda que pasaban por sus manos, así como a las revistas católicas que iba encontrándose en su casa, sin que nos diga desgraciadamente sus títulos: «Vamos, me decía mi madre con indignación: ¿Te parece que merece la pena guardar este montón de revistas católicas? ¡Que las guarden los católicos!» *Ibid.*, p. 118. No fue tampoco ajeno a la literatura social-católica de su tiempo: «Despertaron en él un vivo interés, que procuró transmitirme, los libros de Nitti y Caillaux.» *Ibid.*, página 119. Bien sabida es la influencia que tuvo en España el libro del catedrático y político italiano Francesco Nitti (1868-1953), *El Socialismo Católico*, traducido en 1893 al español por Dorado Montero, amigo y colega de Unamuno en Salamanca, donde apareció la obra. Publicado en Italia tres años antes, es una historia de los movimientos sociales católicos en la Europa de entonces. El libro tuvo gran influencia en su tiempo, por ejemplo en Unamuno. Ver sobre este punto el libro de RAFAEL PÉREZ DE LA DEHESA, *Política y sociedad en el primer Unamuno*, Barcelona, 1973,

y de índole y producción muy distinta: desde Plutarco a Cervantes, desde Dante a Víctor Hugo, que le proporcionaban la *Biblioteca Universal* dirigida por Pi y Margall y la *Bibliothèque Nationale*, en la que aquélla se inspiraba. En sus volúmenes encuentra a Maquiavelo y a Voltaire, a Proudhon y a Condorcet. Adquiere la *Historia Universal* de César Cantú, editada por Gaspar y Roig en 1875-1878. Entre los textos del materialismo científico le apasionan obras como *Historia de la creación* del monista mecanicista Ernst Haeckel, «varias obras» de Büchner y Darwin, los *Conflictos entre la religión y la ciencia* del inglés Draper, lugar común del sectarismo del tiempo, traducido al español por José del Perojo y Figueras. Otros «libros que apreció mucho y que recomendaba» eran *Las mentiras convencionales de nuestra civilización*, de Max Nordau, uno de los textos más repetidos en las publicaciones laicistas españolas, sobre todo anarquistas, y *Origen de la familia, de la propiedad privada y del Estado*, de Engels. Añadamos a todo esto las lecturas netamente marxistas, entre las que parecen destacar el *Manifiesto Comunista*, «especie de Evangelio para Iglesias y sus compañeros de aquella época», al decir de Meliá, y el *Socialismo utópico y Socialismo científico* de Engels, «obra estimadísima por él»: «fue la primera de este carácter—sigue diciendo Meliá, hijastro de Iglesias—que se propuso hacer entrar en mi cabeza a mi salida de la infancia» (5). Juan José Morato, buen conocedor de Pablo Iglesias, sobre todo en la primera etapa, nos habla de la clara influencia en éste de los epígonos pseudo-marxistas franceses, Guesde, Lafargue y Deville, cuyas obras llenaban los estantes y armarios del fundador del partido socialista español (6). Todos ellos, especialmente Guesde y Lafargue, y más este último, son conocidos por su dogmatismo peligroso, su materialismo mecanicista, su constante agresividad contra la religión y la Iglesia (7).

páginas 61, 63, 83, 97, 99, 134, 205, 206. El autor recoge la alusión de Meliá en la página 98.

(5) Pablo Iglesias..., p. 116.

(6) JUAN JOSÉ MORATO, *Pablo Iglesias Posse, educador de muchedumbres*, Barcelona, 1968, pp. 54-55.

(7) Desde su prisión escribía Guesde, en enero de 1879, una carta abierta, *A Monsieur León XIII, Papa de son Etat, en son palais du Vatican, Rome*, con motivo de la encíclica *Quod Apostolici Muneris*. Guesde felicita al Papa por haber dado un gran paso con relación a su antecesor, Pío IX, que golpeaba a un muerto, la masonería, o a una palabra carente de sentido, el liberalismo; León XIII ve certamente que el único enemigo de la Iglesia es el socialismo, esta «peste mortal» que avanza y al que los pequeños burgueses—mucho menos sagaces que el Papa y repitiendo frases de Thiers o de Marcère—quieren darle por muerto. Con mayor autoridad que los socialistas, León XIII les ahorra el esfuerzo de probar a los políticos, que los tachan de plagiarios, que la igualdad cristiana no tiene nada que ver con la igualdad socialista; que la primitiva comunidad cristiana de bienes es cosa muy distinta del comunismo o colectivismo socialista; que la familia y la sociedad que proclama y sanciona el cristianismo se parece poco a la que quieren los socialistas. «El mundo moderno—termina Guesde—se ve abocado a llevar a término la Revolución Francesa o a volver pura y simplemente al Cristianismo de la Edad Media. Para arreglar—según vuestra expresión—el viejo conflicto entre pobres y ricos, no hay otras soluciones: o la pobreza, el pauperismo, desaparecerá por la igualdad de los medios de desarrollo, de acción y de producción asegurada socialmente a cada uno y a todos; o, para tener, para restaurar la tranquilidad de la vida pública y privada, habrá que repoblar el cielo, recrear a Dios y—lo que es más difícil—la fe en este Dios personal y legislador, la fe que sólo puede reconciliar los pobres con su suerte, con la esperanza de recompensas eternas. Socialismo o Catolicismo, la

El laicismo en los programas socialistas

No he podido encontrar texto alguno significativo de Iglesias en torno al tema que ahora nos ocupa en las publicaciones donde él escribe antes de la fundación de *El Socialista*. Desde la fundación del partido en 1879 aparece invariablemente, de una forma u otra, la voluntad de los fundadores de dar una expresión netamente laicista a toda la sociedad. Los programas piden y anuncian la enseñanza laica, la supresión del presupuesto del clero y confiscación de todos sus bienes, más tarde la ley del divorcio. Pero no se pasa de ahí por ahora. En el congreso de 1894 el veterano socialista catalán Comaposada presenta una enmienda para que no puedan pertenecer al partido «aquellos que hagan manifestación ostensible de ideas religiosas». Después de larga discusión en que interviene también Iglesias, éste propone que la cuestión religiosa constituya un punto del orden del día en el primer congreso que celebre el partido (8). En el de 1899 la agrupación de Alicante presenta una moción en la que se pide que «serán excluidos del Partido, salvo los casos involuntarios y justificados, los individuos que apoyen la religión católica o cualquiera otra que no se base en los principios de la libertad, la moral y el laicismo» (9). Defendieron la moción los compañeros alicantinos Huetos y Gascó y el catalán Toribio Reoyo, que hasta entonces presidía la mesa, pero contra la enmienda hablaron Felipe Merodio, Pablo Iglesias e Isidoro Acevedo y después «el compañero Rodríguez presenta una moción de 'no ha lugar a deliberar' que llegó a aprobarse» (10).

En un comentario editorial sobre el V congreso (11), *El Socialista* aborda el punto de la propuesta de la agrupación alicantina: Es difícil señalar límites entre los que pueden ser actos del culto religioso o actos políticos: además, está por discutir si la religión católica «es o no completamente incompatible con el Socialismo»:

—————
cuestión, planteada por usted, está bien planteada.» *Jules Guesde: Textes Choisis (1867-1882). Introduction et notes por Claude Villard*, París, 1970, pp. 86-89. Sobre el pensamiento y actividad del socialista francés, ver la introducción de Villard en el mismo volumen, p. 7-38.

Sobre Paul Lafargue, uno de los fundadores del primer grupo marxista en España, ver *Paul Lafarque: Textes choisis. Introduction et notes per Jacques Giraul*, París, 1970, con una larga introducción sobre la vida y obra del mismo hasta el 1891, pp. 9-71. Lafarque escribió en *La Emancipación* y muchos de sus artículos, folletos, etc., fueron reproducidos en esa primera publicación socialista española, en *El Socialista* y en otras. Destacan por su rigor y su causticidad anticlerical y anti-religiosa: *La religión del capital*, *Pío IX en el paraíso*. *El sermón de la cortesana*, etc. En 1882 compara en uno de sus artículos a los renovadores socialistas del primer período del siglo—«místicos, religiosos, cristianos»—con los católicos sociales del tiempo, los de Mun, Harmel, Chagot, etc., y escribe: «El socialismo cristiano del tiempo, 1882, no puede ser más que idiota y ridículo; no parece más que el desprecio de los socialistas modernas que son materialistas y revolucionarios» (*Paul Lafarque...*, pp. 167-170). Y a principios de 1888, en su ensayo *El día siguiente de la revolución*: «En vez de quemar las iglesias (...), se las transformará en restaurantes, en salas de baile, las capillas serán pequeños gabinetes para beber, después cada uno se divertirá con cada una» *Ibidem*, p. 245.

(8) *El Socialista*, núm. 444, 7 de septiembre de 1894.

(9) *Ibidem*, núm. 703, 25 de agosto de 1899.

(10) *Ibidem*, núm. 787, 22 de septiembre de 1899.

(11) *Ibidem*, núm. 712, 27 de octubre de 1899.

«Fúndase el Socialismo en la ciencia, tanto, que se ha dicho que no tiene finalidad inmutable ni de nada ha hecho dogma; programa, método y organización son esencialmente variables y acomodados siempre a las enseñanzas de la ciencia. Tiene por base el catolicismo la verdad revelada. En él no se deja espacio ni a la razón propia ni al examen. Es infalible el papa, su palabra es siempre verdad, no puede engañarse; la palabra de Dios escrita es dogma que ni aun interpretar puede nadie; por todas partes barreras infranqueables, ¿cómo ser buen católico y buen socialista? Imposible. Cuando el uno afirme o niegue, el otro negará o afirmará.»

El editorial, escrito seguramente por Iglesias, parece confirmar de hecho esa incompatibilidad entre el Socialismo y la Iglesia, cuya rigidez e infalibilidad se exagera y distorsiona casi hasta la caricatura. Pero, ¿es que va el Socialismo *directamente* contra la religión?

«No. El Socialismo proclama verdades, sin cuidarse para nada de que puedan dañar a tal o cual creencia. No combate a la religión católica como no combate a ninguna otra. Atento a los fenómenos sociales, sólo se cuida de hacer llegar a todos los hombres los beneficios de la civilización, de convertir esta humanidad homicida en una comunión de hermanos por el cariño y por los intereses. Una declaración de ateísmo, de irreligiosidad, con no ser necesaria, perjudicaría al Socialismo, y más aún en España. ¿Por qué hacerla?»

Es, sobre todo, pues, una cuestión de táctica, sobre todo en ciertas provincias y regiones, donde sería un grave obstáculo para la propaganda y ocasionaría al Partido no pocos perjuicios. Lo sabían esto sin duda los delegados que se habían opuesto a la moción de Alicante, como Merodio, que representaba a la agrupación de Vizcaya, o Acevedo que venía de Santander. Pero no por eso, termina diciendo el editorial, el partido ha dado el paso en vano ni a cambio de los beneficios del momento ha votado contra sus ideas:

«Sigue siendo lo que era; sigue, en cuanto a la Iglesia, siendo el partido que positivamente pide reformas más radicales contra su poderío. Y se guirá arrojando de su seno a quienes formen en ridículas peregrinaciones, a quienes en Círculos obreros sean comparsas de apetitos reprobables, a cuantos, en suma, so pretexto de religión, sean, conscientes o no, auxiliares de un clericalismo sin entrañas, sin fe, embrutecedor e hipócrita.»

La Iglesia al servicio de la burguesía

Frente a los miopes burgueses que siguen pensando y manteniendo que la Iglesia constituye una clase social aparte, sostiene Pablo Iglesias (12) que desde que la burguesía le arrebató el poder, la Iglesia no es otra cosa

(12) *La Iglesia y el socialismo*, sin firma, en *El Socialista*, núm. 55, 25 de marzo de 1887.

que «una servidora celosa de la burguesía, la encargada de sancionar en nombre de Dios todas las tropelías, todos los despojos y todas las infamias que con los asalariados comete aquella». Ahí están las buenas relaciones del papa con el banquero Rothschild, agasajado en el Vaticano, o con Bismarck, representante de toda la burguesía y rival declarado del socialismo. Los anatemas del papa son más numerosos y más duros contra los que quieren transformar la sociedad que contra los que niegan los dogmas.

Pocos meses más tarde vuelve el director del órgano socialista sobre el tema con ocasión del jubileo sacerdotal de León XIII, «fiesta ridícula», que hace atrodillarse ante el solio pontificio a todos los gobernantes, monárquicos o republicanos, que buscan el apoyo de Roma para combatir el «enemigo verdaderamente temible: al socialismo» (13).

Contra los católicos sociales

No menos aversión y desprecio que a su amigo Lafargue parecen inspirar a Iglesias los primeros movimientos sociales católicos, en España, vigorizados a partir de la *Rerum Novarum*. En el manifiesto de los delegados en el IV congreso socialista a los trabajadores, redactado por Iglesias (14), hace éste ver cómo la creación de centros católicos sociales es un síntoma que denota el ascendiente que va ejerciendo el socialismo entre los proletarios españoles:

«La Iglesia, viendo en la próxima revolución proletaria el término de su poder, la muerte del oscurantismo que representa, trata de contrarrestar la propaganda y organización socialistas, llevando a su campo por medio de promesas, dádivas mezquinas y miserables engaños al mayor número de obreros. Tales propósitos, que acreditan el poder de los trabajadores conscientes, no librarán a la caduca institución religiosa de dejar de existir el mismo día que la burguesía sucumba.»

Pablo Iglesias, fiel al determinismo económico que ha heredado de Engels y de sus amigos franceses, no dejará de repetir este lugar común durante toda su vida. Continúa el manifiesto:

«¿Qué puede la Iglesia contra la concentración capitalista que desarrolla el maquinismo? ¿Qué contra el doble fenómeno que éste engendra hoy, por ser propiedad privada, de acumular en pocas manos fabulosas riquezas y de sumir en la más espantosa miseria a la mayoría de los hombres? ¿Qué contra la lucha que fatal y necesariamente han de sostener los hartos contra los hambrientos, los millonarios holgazanes contra los pobres laboriosos? Absolutamente nada. Y si es importante luchar contra lo dicho, que es lo que da

(13) *La Iglesia y el socialismo*, sin firma, *ibidem*, núm. 69, 1 de julio de 1887.

(14) Así lo dice Juan José Morato. Se hizo una tirada de treinta mil ejemplares «y es de lo mejor que salió de su pluma». *Pablo Iglesias...*, *cit.*, p. 193.

impulso y vigor al socialismo, ¿cómo va a detener a éste en su marcha progresiva?» (15).

El verdadero enemigo del socialismo

No es la Iglesia, como hemos visto, el principal y mucho menos el único enemigo del Socialismo. Los socialistas tienen por este tiempo sumo interés en que no se les confunda con los agresivos anticlericales burgueses, que andan tratando de persuadir a los trabajadores que «la causa principal de su malestar y de su miseria radica en la existencia de las religiones y, sobre todo, en la que tiene por director y jefe a León XIII» (16). No es así para el fundador del Partido Socialista Obrero Español. Y si es bueno que se ataque a la Iglesia, «por sostener en nombre de Dios las infamias y latrocinios de la burguesía», lo mismo que al ejército o la magistratura:

«el empuje, la fuerza de los verdaderos revolucionarios o socialistas debe dirigirse contra los patronos, contra los capitalistas. Estos constituyen el verdadero enemigo y a él debemos atacar en primer término y con todos nuestros bríos. No hacerlo así será tomar lo accidental por lo esencial, el efecto por la causa; y semejante error lo pagaríamos caro, pues la obra revolucionaria avanzaría lentamente» (17).

Ninguno de los librepensadores burgueses, por otra parte, deja de venerar y defender el capitalismo, a la propiedad privada, que es «el dios que impera en los demás dioses y el verdadero causante de la esclavitud y malestar de la clase proletaria (18). Además, muchos de ellos son causantes de la prevalencia del clericalismo en nuestro país: educan religiosamente a sus hijos, los hacen bautizar, los casan por la Iglesia, soportan excomuniones cuando están en el poder, etc., manteniendo así «pura ficción» del poderío clerical en España, «que es uno de los países más escépticos del mundo», y en el que late «como en ninguno el odio hacia el clero regular y secular». Bastaría con aplicar el remedio propuesto desde siempre por los socialistas:

«Pusiérase con firmeza mano en la enorme dotación de la Iglesia, y el clamoreo que se produjera sería más ficticio que real; hiciérase laica la enseñanza y nada ocurriría; sujetárase al derecho común y suprimiérase toda subvención pública, cualquiera que fuera

(15) *El Socialista*, número extraordinario, 3 de septiembre de 1894.

(16) *El verdadero enemigo*, sin firma, *El Socialista*, núm. 137, 19 de octubre de 1888.

(17) *Ibidem*.

(18) *Ibidem*. Casi a la letra se repiten los mismos conceptos en el artículo, también sin firma, *El principal enemigo en El Socialista*, núm. 766, 18 de enero de 1901. Ver asimismo la respuesta de Pablo Iglesias a la encuesta promovida por la revista socialista francesa *Le Mouvement socialiste*, en 1902, en mi libro *Socialismo y anticlericalismo*, Madrid, 1973, pp. 151-159.

V. M. ARBELOA

su índole, a las congregaciones religiosas, y todo el mundo habría de aplaudir a quien tal hiciera» (19).

Hacia la muerte de la Iglesia

En pleno mitin anticlerical, celebrado el domingo 21 de abril de 1901, en el Frontón Central de Madrid, repite Iglesias la doctrina bien sabida, pero con expresiones más jacobinas que de costumbre. Contra los liberales burgueses «que no quieren sino cortar las uñas al elemento clerical, pero dejárselas lo suficientemente largas para que las inque en el cuerpo de la clase trabajadora»; los socialistas no se conforman con eso; no van sólo contra el fraile y el jesuita, sino también contra el cura y el obispo, quieren extirpar al elemento dañoso, «para que no pueda causar perjuicio a la clase explotada» (20). Con todo, los socialistas no son indiferentes al movimiento anticlerical burgués; sólo cuando se detenga, tras disminuir el poder de los elementos oscurantistas y reaccionarios, los socialistas deberán continuar la obra revolucionaria, combatiendo a los dos, pero especialmente al capitalismo:

«Y en esta campaña no hay que forjarse ilusiones: la Iglesia no morirá, como no morirán los otros auxiliares de la clase explotadora, hasta que ésta se derrumbe al empuje de la clase trabajadora.»

Pero, eso sí, los socialistas, jamás harán obra de venganza, siempre respetarán a las personas (21).

En el VI congreso celebrado en Gijón en septiembre de 1902, cuando hierve en toda España la campaña anticlerical, dice Pablo Iglesias, hablando de la cuestión religiosa:

«que no piden los socialistas que arrastren a los frailes y quemen los conventos; respetamos los hombres y combatimos las ideas. Vamos más lejos que los radicales burgueses. Queremos la muerte de la Iglesia cooperadora de la explotación de la burguesía; para

(19) *El clericalismo*, sin firma, *El Socialista*, núm. 772, 21 de diciembre de 1900.

(20) *Mitin anticlerical*, *El Socialista*, núm. 791, 3 de mayo de 1901.

(21) *Ibidem*. Este respeto a las personas fue defendido siempre y con vigor por el órgano socialista. En su vida privada Pablo Iglesias estuvo acorde con su pensamiento, Meliá nos cuenta en su libro que poco antes de morir el «Abuelo», hubo en su casa una cocinera «extraordinariamente devota de la religión católica» que disfrutaba de libertad plena para sus devociones; rezaba por la salud del enfermo y delante de Amparo Meliá, la mujer de Iglesias, se lamentaba de que siendo tan buenos no fueran creyentes. Añade Meliá que, además de apreciar al «Abuelo», obedecía en su conducta a su confesor, quien tenía a Iglesias por «un gran español, digno de admiración por sus condiciones de talento y de rectitud» y al que había conocido como reo político, siendo capellán de la Cárcel Modelo de Madrid. Con todo, esta buena señora debió de estar poco en la casa, coaccionada—piensa Meliá—«por la idiota intransigencia de las señoras «bien» de la barriada que, en otras ocasiones, hizo que se despidieran de nuestro servicio algunas domésticas porque no somos católicos», *Pablo Iglesias...*, *cit.*, pp. 211-212.

ello educamos a los hombres y así les quitamos conciencias. Pretendemos confiscarle los bienes, para que carezca de medios de vida. No combatimos a los frailes para ensalzar a los curas. Nada de medias tintas. Queremos que desaparezcan los unos y los otros. Proceder de otra manera es una inconsecuencia. Si el pueblo español hubiera sido educado a la usanza socialista, éste no hubiera degollado a los frailes, pero sí los hubiera expulsado por perjudiciales» (22).

Pablo Iglesias y las campañas anticlericales

Ni que decir tiene que los republicanos pagan a Iglesias y a socialistas con la misma moneda a la hora de juzgar la actitud de éstos ante el problema clerical. El patriarca del anticlericalismo burgués, José Nakens, no desperdicia ocasión para, desde *El Motín*, acusar a los socialistas de demagogos, de simplones, de maniqueos, vanidosos, intemperantes y, al mismo tiempo, de mansos y tolerantes ante el clericalismo. Escribe, por ejemplo, en 1901, tras haberse votado en el centro de sociedades obreras de Madrid contra la celebración de un mitin anticlerical:

«Los monárquicos, claro, están entusiasmados con unos socialistas tan mansos, tan dulces, tan humildes, tan tolerantes, tan prudentes, tan gubernamentales, tan sensatos, tan cuerdos, tan juiciosos... (...). ¡Pobres obreros los que se dejan pescar en redes de malla tan burda!» (23).

Nakens y los suyos no libraron a Pablo Iglesias de sus puyas. Acostumbrado a regalar apodos a los clérigos, inventó para él los de *Ermitas* y *Capillas*, jugando con un apellido también clerical: «Y se dijo sin duda —escribe Nakens en 1888— el farsante, charlatán y explotador *Ermitas* (...).», ridiculizando el mitin socialista en conmemoración de la comuna, donde llega a llamar a Iglesias el «mamarracho Paulino» y cosas del género (24).

Pero el presidente del Partido Socialista y de la Unión General de Trabajadores sigue impertérrito en su invariable posición ante el anticlericalismo, que es, en los primeros años del siglo, uno de los más explosivos problemas de la política española. Invariable y monótona. Para él «no hay anticlericalismo». Con este mismo título escribe un artículo sin firma, en *El Socialista* del 27 de mayo de 1910, criticando el Real Decreto del 31 de mayo último sobre las asociaciones. Porque Canalejas no puede ir más allá de donde va, prisionero como se encuentra y pese a todas sus anteriores declaraciones anticlericales, de la oligarquía monárquica y teocrática. A criticar la obra general y, en particular, la llamada anticlerical de Canalejas dedica Iglesias la sección «Vida política» del semanario *Vida Socialista* (1910-1913), dirigido por Juan Antonio Meliá y Tomás Álvarez

(22) *El Socialista*, núm. 861, 5 de septiembre de 1902.

(23) JOSÉ NAKENS, *Trallazos*, Madrid, s. a., p. 78.

(24) *El Motín*, suplemento al núm. 12, 22 de marzo de 1888.

V. M. ARBELOA

Angulo. Para el líder socialista el político liberal hace sólo labor maurista desde el gobierno y no puede trascender sus propias contradicciones. En cuanto a la política anticlerical, tan exaltada por muchos incautos:

«¿Poner a raya a las Congregaciones Religiosas el que tomó el Poder para servir a Maura, amigo de ellas, y para combatir a la Conjunción republicano-socialista, que va contra esas instituciones? ¡Valiente farsa!

¿Disponerse a luchar con el elemento clerical el que aceptó la Presidencia del Consejo de Ministros para evitar el desmoronamiento del maurismo e impedir la entrada en el Parlamento de una fuerte minoría republicana? ¡Tremendo sarcasmo!

¿Tener arrestos para luchar con el Vaticano quien tuvo extremada blandura para aceptar de la Corona el Poder en condiciones de vilipendio? ¡Ironía, pura ironía!» (25).

Días más tarde califica a Canalejas como «primer culpable de la agitación clerical, de los atrevimientos del papado y de sus agentes en España», por su flojedad, su timidez, sus insignificantes medidas tomadas, lo que ha excitado a los clericales, especialmente a «las damas pertenecientes a la clase privilegiada», a levantarse contra el gobierno y «contra sus anodinas medidas clericales», atribuyéndose incluso la representación de las aspiraciones y de los sentimientos de las mujeres proletarias. ¿Cómo podrán representar a las mujeres pobres, si al abogar por el mantenimiento de las órdenes y congregaciones religiosas, abogan «porque falte trabajo a muchas de ellas, privadas hoy del mismo por hacerse con una baratura considerable en los talleres que dichas órdenes han montado?» Por otra parte, tomar tan a pecho, piensa Iglesias, las dos disposiciones del gobierno Canalejas, que en nada dañan a sus ideas, y mirar impasibles desgracias nacionales, como la guerra del Rif, la emigración obrera, las miserias de las capas proletarias, etc., «indican muy claramente que más predomina en ellas el espíritu de intolerancia y de soberbia, que el de humanidad y de cariño hacia sus semejantes» (26).

Y de nuevo una semana más tarde, después de transcribir frases del jefe de gobierno, en que defiende la existencia de las órdenes religiosas, de la enseñanza religiosa y la presencia del sacerdote en la escuela, comenta Iglesias:

«Así se explica el más radical de los radicales; así habla el sembrador de ideas (...); en tanto que esté en el poder de él no habrá que esperar que adopte ninguna medida verdaderamente radical» (27).

En un artículo sobre «el clericalismo en España» escrito por Iglesias en la revista alemana *Sozialistische Monatshefte*, declara éste que no sólo

(25) *Vida política*, en «Vida Socialista», núm. 24, 12 de junio de 1910.

(26) *Ibidem*, núm. 27, 3 de julio de 1910.

(27) *Ibidem*, núm. 28, 10 de julio de 1910.

el clericalismo sino hasta el sentimiento religioso católico carece de raíces entre la clase obrera española, sin duda por la existencia en nuestro país durante tres siglos de la Inquisición que produjo 360.000 víctimas. En toda España se han celebrado hace poco actos de anticlericalismo. Tampoco la clase burguesa es clerical y la mayoría se muestra enemiga del clericalismo, «que mantiene en España la miseria de la clase trabajadora al dificultar el desarrollo industrial y comercial». La casa real y la aristocracia palaciega son «el verdadero núcleo del clericalismo español», rodeadas de varias filas de capitalistas, que se sirven de su clericalismo para apoderarse de los monopolios y de los altos cargos que disfrutaban de retribución generosa». La política, por otra parte, es en nuestro país «una profesión que se ejerce con menos pudor que en otros países». España tiene, más que partidos, jefes políticos intrigantes, ambiciosos, viles y traidores, dispuestos a todo con tal de lograr el encumbramiento personal, a los que el grupo clerical palatino impone su voluntad deteniendo toda legislación y toda vigilancia contrarias al clericalismo. El anticlericalismo de Canalejas queda reducido «a tres disposiciones sin transcendencia que él mismo procurará no sean cumplidas y que serán revocadas si la política en España no cambia de rumbo en pocos meses». Sólo el proletariado, con su fuerza numérica y su energía, cambiará tal situación (28).

La clase obrera, primera víctima del clericalismo

Desde 1910 a 1919 dura la conjunción orgánica republicano-socialista que ya antes había sido probada en varias ocasiones y que volverá a ponerse en marcha en 1930. Son los años del «seguidismo» socialista tras los republicanos, a la ayuda de su apoyo numérico y moral; con sus votos llegan los socialistas al Parlamento y se introducen aún más en todos los poderes del gobierno municipal, provincial y estatal. Ha desaparecido aquel afán puritano de evitar, hasta en el lenguaje, toda contaminación con los republicanos burgueses. Se multiplican también los mítines anticlericales, que, por otra parte, no desaprovechan ocasión para montar hábilmente su programa y abrir camino más allá de las metas republicanas. En el gran mitin por la libertad de conciencia celebrado en Madrid el 6 de abril de 1913 interviene Pablo Iglesias con otros socialistas junto a la flor y nata del republicanismo laico español: Menéndez Pallarés, Ortega y Gasset, Roberto Castrovido, Luis Morote... Iglesias habla el último, entre grandes ovaciones, en nombre del partido. El ideal de éste, dice, es acabar con el poder clerical. La libertad de conciencia no es todo, pero del lobo un pelo... Al clericalismo se debe todo el atraso del país, que sufren, como nadie, los trabajadores: en los hospitales, ante las exigencias de las hermanas de la caridad; en la calle, cuando no quieren descubrirse ante las procesiones; en sus organizaciones, cuando el cura del lugar se alía, para torpedearlas, con los patronos; en la escuela, porque los obreros no pueden llevar a sus hijos a recibir «esa educación libre de prejuicios religiosos»; en su mismo hogar, porque el clericalismo se apodera de sus mujeres «y las hace que traicionen a sus maridos», v.gr., cuando las

(28) *Ibidem*, núm. 38, 18 de septiembre de 1910.

señoras de la junta bautizan secretamente a sus hijos inscritos en el Registro Civil. «A los ateos ricos no les cabe el perjuicio que a nosotros.» Iglesias recuerda luego el caso Ferrer y hasta la menuda política clerical en las pasadas elecciones, echando en cara a los liberales, «conservadores enmascarados con un antifaz liberal», su hipocresía. Hay que acorralar al clericalismo, concluye Iglesias, y al liberalismo, para que no sea un obstáculo a la libertad: «El dios de la solidaridad y de la Justicia Social es el único que hay» (29).

Contra el clericalismo en el Congreso

Pablo Iglesias entró en el Parlamento español, ayudado por los votos republicanos, en las elecciones legislativas de 1910. Al Congreso llevó Iglesias la voz del pueblo con harta frecuencia, con tanta, que un día Canalejas le acusó de llevar toda su correspondencia al *Diario de sesiones*, lo que le parecía demasiado al presidente del gobierno. Con corrección, pero con energía, el presidente del Partido Socialista denuncia al primer cuerpo legislativo de la nación, abusos, excesos, extravagancias o simplemente costumbres clericales. Un día lee ante la Cámara una hoja publicada por la junta local de escuelas de La Pola de Gordón, dirigida a todos los maestros del ayuntamiento y al público, y firmada por el alcalde (30). La hoja, titulada *El Socialismo*, dice cosas objetivas y otras no tanto sobre dicho sistema (31) tomadas, según allí se afirma, de la Encíclica *Apostolici Muneris*, de León XIII (32), «para que sepan todos lo que es el Socialismo, y para que en su vista, sabiendo que está condenado por la Iglesia y por la razón natural, como buenos maestros católicos, siempre que tengan ocasión, hablen en contra de él; procurando inculcar a sus alumnos odio a tal sistema, que priva al hombre de su libertad para igualarle a los brutos». Iglesias cree que no es competencia de la junta local de escuelas de La Pola meterse a juzgar lo que es el socialismo y, menos, lo que es antilegal, hacerlo de manera oficial, con la firma del alcalde; por lo que pide al ministro de Instrucción que tome las medidas pertinentes. Le contesta el de la Gobernación, el conservador Sánchez Guerra, lamentando que tal junta local—encabezada por el alcalde, no como tal, sino como presidente de la misma—no sepa lo que es el socialismo y hasta lo agravie, pero espera que el diputado socialista no pretenda para su doctrina privilegios e inmunidades de las que no goza ni el gobierno, ni el Parlamento, ni la monarquía siquiera; llamará, sin em-

(29) *Gran mitin por la libertad de conciencia*, en «El Socialista», núm. 1.414, 7 de abril de 1913.

(30) Se dice, por ejemplo: «El Socialismo trastorna los fundamentos de la familia, deshonorando y negando el santo sacramento del matrimonio.» «El Socialismo niega el derecho de propiedad, sancionado por todas las leyes, divinas y humanas.» «El Socialismo quiere o quisiera un mundo ateo, sin Dios, sin cielo y sin infierno.» «El Socialismo trata de arrancar al hombre sus buenas creencias para sumirle en el más grosero materialismo», etc.

(31) *Diario de sesiones de Cortes. Congreso. Legislatura de 1915*, núm. 7 (12 de noviembre de 1915), p. 121.

(32) *Ibidem*, p. 122.

bargo, la atención del ministro de Instrucción, convaleciente, por sí hubiera algo que hacer (33).

Pocos días más tarde Iglesias lee una comunicación enviada a los empleados de Telégrafos por el inspector general, el subdirector general y el jefe de personal del ramo, invitándoles a secundar la iniciativa de los compañeros de Zaragoza—tomada tras una visita del director de Correos a la ciudad—de proclamar a la Virgen del Pilar, patrona del cuerpo. El subdirector de Correos había hecho otro tanto con sus subordinados días antes. Iglesias, que deja a un lado la significación religiosa del caso, ve en él una coacción y pide la opinión del gobierno. La pregunta del diputado socialista por Madrid la aprovechan los diputados republicanos Soriano, Nogués y Barriobero, y el diputado aragonés conservador, marqués de Arlanza, para montar una fiesta parlamentaria ruidosa, típica del anticlericalismo-clericalismo principios de siglo, en la que toman buena parte también el presidente de la Cámara y el ministro de la Gobernación. Respondiendo éste a Iglesias, distinguirá entre la licitud con que personas constituidas en autoridad se dirijan a sus subordinados, tal vez confundiendo invitación y orden, lo que el ministro cuidará de que no se repita, y la imposibilidad de impedir el que una mayoría del cuerpo de Correos aceptara la declaración de tal patronato. El presidente del Partido Socialista constata que el ministro ha convenido en definitiva con su propio criterio; insiste en que se trata de una invitación coactiva y en un asunto religioso, incompatible con la libertad protegida por la Constitución (34).

Iglesias guarda un discreto silencio durante la marimorena que se arma entre los diputados antes mencionados, pero no se calla cuando el batallador marqués termina su fervorín patriótico-religioso y su dura respuesta a lo que se le han antojado agravios a la Virgen del Pilar. Según Iglesias, Arlanza no se ha enterado bien de lo que se dijo en la Cámara: ni él se metió con Aragón ni con la Virgen de Pilar. Y continúa incisivo:

«Ni dije siquiera que en Aragón hay muchos pobres y que, a pesar de la influencia de esa Virgen (*el señor marqués de Arlanza pronuncia palabras que no se entienden*) hay allí infinidad de pobres. No dije siquiera, señor marqués de Arlanza, que era un terrible sarcasmo el que haya una joyería hermosa, de gran valor, para esa imagen, y haya en Aragón desdichados que pasan hambre y toda suerte de penalidades (rumores y protestas). Por consiguiente, su señoría no tiene razón para decir nada respecto a nosotros» (35).

De nuevo, una semana más tarde, Pablo Iglesias protesta de que en Valladolid el gobernador autorice, mientras suprime las demás, una «manifestación de Asociaciones Católicas, que realizan campaña contra la or-

(33) *Ibidem*, núm. 14, 20 de noviembre de 1915.

(34) *Ibidem*, pp. 322-323.

(35) *Ibidem*, p. 323.

ganización obrera independiente», con intervención de cuatro obispos y asistencia de autoridades civiles y militares, recomendadas éstas por el capitán general (36).

Sánchez Guerra no ve en ello más que el reconocimiento de un derecho, esta vez a los católicos, como otras a los socialistas, con la asistencia, perfectamente lícita de jefes y oficiales de la guarnición al acto religioso celebrado en la catedral (37). Pero el diputado no se conforma con la respuesta del ministro: se trata de una manifestación política, no religiosa: «Los círculos católicos no sólo actúan contra las organizaciones obreras para quebrantar su fuerza, para perjudicarles en sus luchas, sino que, cuando llegan elecciones, influyen en sus individuos para que vayan a votar por aquellos que representan sus tendencias.» Le interrumpe varias veces el diputado conservador y muy cercano a las obras católicas, Rafael Martín Lázaro, diciéndole que son asociaciones obreras, tan obreras como las socialistas, a lo que Iglesias, que antes las ha calificado de *amarillas*, le responde que son obreras y patronales a la vez. Pero no es esa la cuestión, sino la de demostrar que los círculos católicos tienen un carácter político y que la nación, o el Estado, que es su representante, no puede ponerse oficialmente de parte de un partido político, de una agrupación política, y cuando dichos elementos bendicen una bandera, que no es la nacional sino la suya, y bendicen la casa social y celebran un mitin, «donde se condena todo lo que se opone a ellas y cuanto representa algo moderno», el gobernador civil no puede asistir a semejante manifestación. Iglesias lee luego la orden de la plaza, convocando al acto de la catedral, firmada por el general gobernador, Andino. Sánchez Guerra —como poco antes ha recordado a gritos Martín Lázaro—recuerda que, según la constitución, la religión del Estado es la católica y que nadie puede ser molestado por sus opiniones religiosas, negando que el acto religioso de la catedral fuera un acto político. Iglesias, en su réplica, se ratifica en lo dicho una y otra vez: el argumento de la Constitución no sirve, porque la manifestación era política: «¿No se iba a la Metropolitana de Valladolid a celebrar un acto para bendecir las banderas de unas sociedades, de unas colectividades que tienen carácter político determinado? (...) ¿Qué diríais si se declarasen oficialmente republicanos o socialistas? Que eso no podía ser. Pues tampoco puede ser lo otro» (38).

La Iglesia y los trabajadores

Con este título publica Pablo Iglesias un artículo en *El Socialista* el 8 de diciembre de 1923, dos años antes de su muerte, cuando ya hace tiempo que vive retirado de la vida activa, gravemente enfermo. El artículo aparece mutilado por la censura en varios de sus párrafos. Pasa revista en él a la obra llevada a cabo por los católicos frente a las organizaciones socialistas. Si en Alemania y en Bélgica han conseguido algunos buenos

(36) *Ibidem*, núm. 15, 22 de noviembre de 1915, p. 354.

(37) *Ibidem*, núm. 21, 29 de noviembre de 1915, p. 532.

(38) *Ibidem*, pp. 533-535.

resultados, en España, los círculos católicos, refugios de rompuehuelas, o han desaparecido o tienen una escasa fuerza, mientras crece constantemente la Unión General Socialista «cuyas hondas raíces nadie ni nada serán capaces de arrancar». Y la manifestación socialista del 1 de mayo, movida no por el espíritu «estrecho, mezquino y servil» del clericalismo, sino por el «amplio, levantado y generoso» de una clase redentora, demuestra mejor que nada la importancia del clericalismo en España:

«Como en todas partes, aquí ha perdido la Iglesia esa partida. Seguramente no se dará por totalmente derrotada y persistirá en sus... (tachado por la censura) y trabajos para restar fuerzas al movimiento liberador de los oprimidos, pero lo será; será completamente vencida por las masas obreras capacitadas y libres de fanatismo.»

Tal victoria será, además, un beneficio para la nación, porque disminuirá la influencia de los intolerantes en materia religiosa, de los que califican de concubinato al matrimonio civil, protestan contra el socorro de maternidad a las madres solteras. Disminuir la influencia de todos ellos «es librar a España de una gran vergüenza y hacerla marchar a pasos rápidos por el camino de la prosperidad y del progreso».

En otro trabajo posterior vuelve Iglesias sobre los manejos clericales renovados y crecidos tras el golpe militar. Han redoblado sus campañas, hasta en la prensa católica, en contra de los subsidios a las madres solteras. Alientan a sus obreros amarillos contra la organización socialista, como ha ocurrido hace poco en Santander, donde los curas han buscado obreros rompuehuelas en los pueblos vecinos:

«¿Que esto no lo predicó Cristo ni los que siguieron sus doctrinas? Lo sabían y lo tenían tonsurado, pero para ellos más importante que practicar la doctrina cristiana era combatir a los obreros organizados, los cuales no se preocupan solamente de mejorar su actual condición, sino que dedican parte de sus esfuerzos al advenimiento de una sociedad donde impere la libertad y la justicia.»

A los clericales se debe también el que en el proyecto de reforma de la segunda enseñanza la religión pase ahora a ser obligatoria, lo que terminará con la libertad de conciencia en el país. Los mismos elementos se agitan por sustituir el voto universal por el corporativo y por quitarlo a los que no saben leer y escribir. La fuerza y el poder de que disponen son muchos, pero, termina Iglesias:

«mas fuerza y más poder que ellos tiene el espíritu del tiempo en que vivimos. Y ese espíritu, capaz de ser apreciado por cuantos ponen en función su cerebro y están libres de ofuscaciones, no permite que una negra reacción se adueñe de España ni que se haga tabla rasa de los derechos políticos que hoy disfrutaban todos los pueblos civilizados. Hagan lo que hagan los clericales y cuantos forman las extremas derechas por separar a nuestro país de los ca-

riles del progreso, no lo conseguirán. Su intento será vano, completamente vano» (39).

Los católicos ante la muerte de Pablo Iglesias

La prensa católica no fue nunca demasiado delicada con Iglesias. Hablando de él escribe en una ocasión el integrista diario madrileño *El Siglo Futuro*:

«... sólo siendo un *vivo* pudo llegar de simple obrero a jefe de partido y hasta pasar por orador político, en concepto de los diarios liberales, un hombre que pronunciaba *baiga* por haya y, probablemente, escribirá *balla*. Sino que, a unos por conveniencia y a otros por tontería, les agradaba que en la baraja política hubiese un color que hasta ahora no existía, y cátense ustedes a Periquito hecho fraile, con gabán de pieles y viajando y viviendo espléndidamente, según le han echado en cara sus émulos, y nosotros aplaudimos como obra de buen gusto» (40).

Muchos de los sobados tópicos anti Iglesias están en estas burdas líneas. A la hora de la muerte los católicos no le tratarán mejor. En la más avanzada revista social del tiempo, *Renovación Social*, dirigida por Maximiliano Arboleya, deán de la catedral de Oviedo, junto al elogio de *Maura «social»*, escrito por E. Pérez Rojas, Alejandro Palacios intenta cubrir de lodo a *Pablo Iglesias y el socialismo español* (41). Para el autor del artículo, Iglesias no fue un evolucionista ni un moderado, sino un revolucionario, que «sólo a título de concesión táctica, se sometió estos últimos años a los procedimientos posibilistas que le impusieron los partidarios de aprovechar la legalidad para derrocar el régimen social vigente». Las luchas fratricidas de socialistas y anarquistas y la fundación del instituto de reformas sociales obligaron al fundador del Partido Socialista a acentuar la tendencia gubernamental «para halagar a las masas con la concesión de mejoras y beneficios en la legislación del trabajo y en la economía nacional». Pero tal evolución se hizo siempre a disgusto de Pablo Iglesias,

(39) *¡Vano intento!*, «El Socialista», 10 de marzo de 1924.

(40) *El caso de Pablo Iglesias*, por don Lope de Sosa, «El Siglo Futuro», 5 de diciembre de 1904. Iglesias tuvo que sufrir múltiples campañas de calumnias y desacreditos como esta del «gabán de pieles», que nunca existió. La revista *Acción Socialista*, de Madrid, recogió en dos de sus números las opiniones favorables a Iglesias de destacados hombres de la política, la ciencia, el arte. Entre ellos figuraba el hermano de Tomás Meabe, Santiago, pasado después también al partido socialista. Termina así Meabe: «Yo opino que Pablo Iglesias es un hombre bueno. Nada más que un hombre bueno. Y por eso, porque es hombre bueno, los malos le combaten, porque ven que la bondad se pega, y el día que los buenos sean más, a los malos no les va a valer ni Dios», *El caso Iglesias*, en «Acción Socialista», núm. 93 (26 de diciembre de 1915), pp. 15-16. Santiago Meabe seguía entonces siendo nacionalista vasco.

(41) *Pablo Iglesias y el socialismo español*, por Alejandro Palacios, «Renovación Social», núm. 29 (segunda época, 1 de enero de 1926).

«temperamento esencialmente revolucionario, áspero y antisocial; hombre romántico, solitario y de limitado horizonte ideológico; desprovisto de la cultura necesaria para atisbar el porvenir y añorante de los tiempos prehistóricos del movimiento obrero revolucionario, con sus hombres misteriosos, sus hojas clandestinas y sus conventículos en antros ahumados y oscuros».

Según Palacios, Iglesias vivió personalmente apartado de toda colaboración gubernamental, aceptó sólo la representación parlamentaria y edilicia, directamente emanadas del pueblo, y además «por lo que tienen de teatral, resonante y de galería», donde se portó siempre como «fiero revolucionario», obsesionado con no ser menos frente a sus enemigos los anarquistas y luego los comunistas. Nunca fue partidario de la evolución, porque no la sentía en su propio espíritu, «duramente reaccionario en el estricto sentido de esta palabra y cristalizado en la ideología de hace medio siglo». Propio de la misma fue su desafecto para los trabajadores intelectuales y para las obras de la cultura. Durante muchos años la organización socialista española no se preocupó del problema de la enseñanza del proletariado ni de su formación ideológica y económica, ni tenía cooperativas ni mutualidades; sus bibliotecas eran pobrísimas, etc., etc.; todo lo cual—según el colaborador de *Renovación Social*— se ha reflejado en su partido, «que es uno de los más atrasados de Europa»:

«No tiene libros, ni publicaciones científicas de ninguna clase. Para conocer su ideología hay que buscarla en las organizaciones similares extranjeras, cuya política sigue, porque él no dice nada de sustancia por cuenta propia.»

¿Cómo, pues, un hombre de esta calaña ha podido adquirir tan grande prestigio en su partido? Palacios encuentra una fácil respuesta:

«... para la mayor parte de los socialistas españoles Iglesias era un mito. Su mismo retraimiento hosco y antisocial era escudo contra la ociosidad, la envidia y la difamación a que son tan propicias las muchedumbres. Sus secuaces le veneraban sin conocerle; los conspicuos del partido se aprovechaban de su nombre y no le hacían caso.»

Palacios no duda, en fin, que los funerales de Iglesias, como los de Alejandro, serán cruentos y que socialistas y bolcheviques acabarán entendiéndose:

«aunque parezcan desemejantes, siempre los tuvimos por lobos de la misma camada».

Bajo el título *La ilusión socialista*, a Palacios le sale un discípulo en *La ciudad de Dios* (42). Al agustino V. Menéndez le duele el coro casi

(42) *La ilusión socialista: A propósito de la muerte de Pablo Iglesias*, P. V. Menéndez, O. S. A., «La Ciudad de Dios», núm. 1.265 (5 de febrero de 1926), páginas 211-215.

V. M. ARBELOA

unánime de *laudes* con que ha honrado al líder socialista la prensa de todos los colores; por eso acude al artículo aparecido en la revista de Arbolea, que le sirve de inspiración y de aliento, para volver sobre el vómito de todos los lugares comunes de la vieja campaña anti Iglesias: su apelación a la violencia y al atentado personal, sus hotelitos de El Escorial, su falta de valentía durante la huelga del 17, etc. Todo lo demás se reduce a copiar, de mala y torpe manera, a Alejandro Palacios, especialmente en lo que al contubernio socialista-bolchevique se refiere, lo que le hace concluir así de santamente:

«Escritores insignes y apóstoles abnegados de la verdadera democracia cristiano-social vienen dando la voz de alarma y los toques de atención repetidas veces, para que aprovechemos todos esta especie de tregua, en estos meses y años de paz que nos depara la Providencia, y vayamos con voluntad decidida a la organización plena y perfecta de todos los elementos de orden, a fin de lograr, el día de mañana, implantar definitivamente en la gobernación del Estado sistemas duraderos, que sean garantía segura de la paz y del bienestar en todos los órdenes de la vida.»

Habrían de pasar muchos años para que socialistas no cristianos y cristianos socialistas—y hasta no socialistas—pensáramos y actuáramos de muy diferente manera.